Para qué insistir más? El último triunfo filosófico del inmortal hijo de Bucaramanga lo coronó en las oposiciones que tuvieron lugar en julio de 1808 sobre los doctores don Eusebio Borrero, don Antonio García, don José M. Marroquín, don Antonio Castro, don Fernando Arias, don Francisco A. García, don Fortunato Gamba, don Domingo Lobo Guerrero, don Manuel Baños, don Francisco Bayón y don Jenaro Silva.

Para poner término a este pequeño obsequio a la memoria del grande hombre, advertiré tan sólo que en 1805 aparece como alumno de la clase de Derecho Canónico el doctor don José Custodio García y Rubira y a mediados de 1810 como catedrático de matemáticas, física y filosofía. Después su nombre desaparece en nuestras aulas; pero él va a brillar como estrella de primera magnitud en el cielo de los generosos héroes granadinos.

F. J. CASTRO S., S. J.

EPISODIOS DEL REGIMEN FEDERAL EN EL MAGDALENA (1)

(Conclusión)

COMBATE DE SAN JUAN DE CESAR

El día 7, a eso de las 6 de la tarde, le llegaron al general Farías avisos ciertos de la aproximación del general Riascos. Aquél dispuso inmediatamente sus fuerzas en orden de defensa. Una hora después, se oyeron los primeros disparos y continuó el fragor, casi sin interrupción, hasta el amanecer del día siguiente. El general Riascos hizo esfuerzos inauditos por lograr el triunfo y no menos heróicos los hizo el general Farías por alcanzar la victoria. Fue aquélla una noche de verdadero pavor.

(1) Véase el número anterior.

Nosotros, niño entonces de doce años, estábamos en el lugar del combate, y a pesar del transcurso del tiempo no lo hemos podido olvidar. No tuvieron los combatientes un momento de reposo; fue aquél combate a modo de una salva continuada que duró doce larguísimas horas. De cuándo en cuándo, se dejaban oír las notas rítmicas de la banda de música del ejército atacante mezcladas con los ayes de los heridos.

En nuestra casa hubo necesidad de formar paredes de adobes superpuestos en las puertas y ventanas para evitar los estragos que pudieran hacer las balas, las cuales sin embargo, caían por encima de los techos. Nuestros hermanos menores aún que nosotros, asustados con aquel estruendo aterrador, lloraban sin cesar.

Como a las diez de la noche, se oyeron dianas en la plaza. Eran dos compañías del batallón Boyacá que entraron a la ciudad poco después de estarse combatiendo. Esa tropa del ejército nacional iba a custodiar los intereses nacionales en la ciudad de Riohacha, según dijo el Gobierno de la Unión; pero en realidad iba en auxilio de las fuerzas del general Fariás.

Durante el combate permaneció en formación en la plaza, sin haber tomado parte directa en él; pero sí fue un refuerzo moral para las fuerzas atacadas y lo habría sido material en caso de un revés, pues iba a las inmediatas órdenes del señor don Manuel Dávila García, que en su carácter de suplente del Procurador del Estado se había encargado del Poder Ejecutivo por muerte del general Maya como queda dicho antes.

En ese combate sangriento murió el general Riascos, los coroneles Eugenio C. Herrera, Antonio Gómez, y Manuel María Herrera Epalza y gran número de oficiales y soldados de las fuerzas atacantes. De parte del general Fariás murieron el coronel José María Vélez y nueve individuos de tropa. El total de muertos y heridos de ambas partes se hace ascender a más de trescientos. Nosotros vimos y contamos más de cincuenta muertos de los que fueron pasados por la calle donde estaba situada nuestra casa.

Refiérese que el general Riascos, al aclarar el día, y ver la inmensa mortandad de sus tropas, exclamó: «No tengo valor de presentarme ante las madres, esposas e hijos de tantos soldados valerosos que han perdido la vida, voy yo también en busca de la muerte.» Y se lanzó impertérrito sobre las fuerzas enemigas y cayó atravesado por una bala que le penetró por el ojo izquierdo. Su cadáver fue custodiado, en el mismo sitio donde cayó, por nuestro tío don José Laborde, quien le dio la triste noticia al general Fariás que acertó a pasar en esos momentos por allí. Inmediatamente se dispuso la traslación del cadáver a la casa de doña Rosa Barros donde se le puso guardia de honor y fue sepultado, en la tarde del día 8, con toda la solemnidad compatible con los recursos del lugar y las circunstancias aciagas de esos momentos.

Muerto el general Riascos, sus tropas corrieron a la desbandada. La persecución fue activa y rápida, por lo cual el número de prisioneros fue muy crecido.

Pocos momentos después de consumada la derrota, los generales Luis Capella Toledo y Buenaventura Correoso, que habían llegado con el medio batallón Boyacá, recorrieron a la cabeza de éste el campo de batalla.

Herido mortalmente en el combate, el valiente y caballeroso coronel Miguel E. Ariza, murió a poco, y también se le hizo entiero solemne.

ACONTECIMIENTOS EN EL RIO MAGDALENA

Cuando los ruidosos y sangrientos sucesos que dejamos narrados se cumplían en la hoy Provincia de Padilla, otros de no menor trascendencia se realizaban en el río Magdalena, Barranquilla y Panamá que tienen estrecha relación con aquéllos.

El Gobierno nacional había enviado al señor general Sergio Camargo en su carácter de comandante general de la columna del Atlántico a la ciudad de Panamá donde predominaba una gran mayoría adicta a la candidatura del doctor Núñez. Al llegar allí, fue

reducido a prisión por el gobierno del Estado. Sabido esto en Bogotá, el Gobierno envió en misión de paz, al señor doctor Nicolás Esguerra, secretario de Hacienda y Fomento y al general Eustorgio Salgar. Estos hicieron un tratado de paz con el Gobierno del Estado de Panamá y fue devuelta su libertad al general Camargo.

A su regreso a Bogotá, los generales Salgar y Camargo, dejaron en el Banco al general Daniel Delgado con un número de fuerzas veteranas respetable.

El doctor Esguerra se quedó en Barranquilla en conferencias con el señor Eugenio Baera Presidente del Estado de Bolívar.

Proponíase el general Delgado bajar a Barranquilla, pero al llegar con sus buques a Zambrano, supo, por carta del doctor Esguerra, que el general Santodomingo Vila, que fue el alma de la candidatura Núñez en los Estados de la Costa, se dirigía río arriba a atacarlo y así fue.

El 27 de julio se trabó un reñido combate que duró cinco horas sin que la victoria coronara las sienes de ninguno de los dos jefes. Santodomingo Vila siguió aguas arriba y Delgado se estacionó en el Banco. Al día siguiente bajó Santodomingo Vila, y forzando el paso del Banco, llegó a Barranquilla. Luégo emprendió nuevamente marcha, volvió a forzar el paso del Banco y entabló negociaciones de paz con el general Gabriel Reyes que, procedente de Santander iba a reforzar a los generales Delgado y Gumercindo López. El convenio se firmó en la Gloria y en virtud de él, fue puesto en libertad el doctor Esguerra que estaba reducido a prisión en Cartagena.

Ajustada la paz entre el gobierno local y el de la República, el general Camargo que había bajado nuevamente a la Costa, se dirigió junto con el doctor Esguerra a Santamarta, donde aún alentaba la candidatura Núñez con un simulacro de gobierno encabezado por el doctor Martín Salcedo Ramón, suplente también del Procurador del Estado y como tal, encargado del Poder Ejecutivo.

Lo que aconteció allí está narrado con fidelidad en la siguiente nota:

«Estados Unidos de Colombia—Despacho del General en Jefe del Ejército—Número 65—Cuartel general en Santamarta, a 21 de septiembre de 1875.

Señor Secretario de Guerra y Marina de la Unión.

El día 18 del presente mes a las doce del día llegué al puerto de esta ciudad con el batallón Zapadores y el medio batallón Pichincha en asocio del señor Secretario de Hacienda y Fomento. Había una guarnición de cien hombres parapetados en las azoteas de las casas correspondientes a las manzanas de la plaza de armas; dichas azoteas habían sido fortificadas con sacos de arena, y todas las avenidas a la plaza estaban cerradas con barricadas bien construídas. A tres leguas de esta ciudad estaban acampados trescientos hombres pertenecientes a la misma guarnición. De todo esto tuve conocimiento apenas nos aproximamos al puerto.

También supimos que el señor Martín Salcedo Ramón, bajo el título de Presidente del Estado, era el jefe superior de las fuerzas mencionadas, y que apoyado en ellas estaba apoderado de la Aduana. Antes de efectuar el desembarco de las tropas federales, resolvimos que el señor Secretario se dirigiera al señor Salcedo y le manifestara el objeto de nuestro arribo a esta ciudad. Con tal fin le puso una nota en que le decía que 'venía a rescatar la Aduana y a restablecer en el libre ejercicio de sus funciones a los empleados de ella; que el general en jefe del ejército lo acompañaba para apoyar sus providencias, y traía la fuerza necesaria para vencer cualquier resistencia que se le opusiera; y que se sirviera ir a bordo del vapor a conferenciar sobre el asunto, o que le contestara dentro del menor término posible.' El señor Salcedo dijo en respuesta 'que la guardia colombiana le era enemiga, y que evacuarían la plaza, dentro de dos horas, las fuerzas que la ocupaban.'

Denegóse por tanto a entrar en conferencia y antes bien ratificó claramente el propósito de mantenerse en

rebelión contra el gobierno, dejando vigentes las medidas y actos expedidos y ejecutados por su antecesor y por él contra el régimen legal.

Ordené entonces que saltara a tierra la fuerza pública, entrara a la plaza y tomara presos a los miembros del gobierno del señor Salcedo, a los individuos que formaban la guarnición y a todos los que fueran reconocidamente adictos a estos rebeldes.

Por desgracia el vapor *California* en que venían los batallones nacionales no pudo arrimar al muelle, por falta de fondo y fue preciso hacer el desembarco en pequeñas embarcaciones y con suma lentitud.

Se me dijo por algunos samarios que el señor Salcedo pretendía reunir en la plaza la fuerza que estaba afuera para impedir a la guardia colombiana la entrada, y por otros, que las miras eran las de retirarse a un punto inexpugnable llamado *La Trinchera*; mas sea de ello lo que fuere, el hecho es que al ver en la playa, en ademán de ataque, la primera guerrilla del medio batallón Pichincha que desembarcó, se puso en huida casi a la desbandada la guarnición de la ciudad. Así es que las tropas federales fueron avanzando, y entraron a la plaza en pequeñas guerrillas a medida que desembarcaban. Una de estas persiguió a los señores Salcedo y general José María L. Herrera y a sus fuerzas hasta el pueblo de Gaira, y les tomó algunos prisioneros, varios rifles y muchas municiones.

La mayor parte de los elementos del parque enemigo fueron embarcados en lanchas de vela a mi vista, y para capturarlos mandé ocupar por un piquete del Pichincha el vapor nacional fondeado en la bahía y que había venido a traer a los rebeldes armas y municiones despachadas por el gobierno de Bolívar; pero mientras se preparó el buque, pudieron escaparse la mayor parte de las lanchas. Fueron tomadas sin embargo algunas y en una de ellas se aprehendió a los señores José María y Juan Campo Serrano.

Los individuos que se tomaron presos han sido entregados a la autoridad local por reclamo de ella.

He sabido que las pocas fuerzas rebeldes que llegaron reunidas hasta la Ciénaga, se desacuartelaron allí. El Prefecto de este Departamento, señor Manuel Dávila García, en San Juan de César, vino a esta ciudad con 200 hombres que tenía en el *Cerro de la Balandra* y marchará esta noche a ocupar la Ciénaga y restablecer por completo el orden público en el Estado.

En la noche del 19 nombré capitán interino del vapor nacional al señor Manuel Núñez y lo mandé a Riohacha en busca del medio batallón Boyacá número 3, el cual había sido puesto en vía hacia aquel puerto por el ciudadano general Daniel Delgado para proteger esa Aduana. Tan luego como llegue dicho batallón dejaré la guarnición necesaria en esta plaza y me trasladaré con el resto de la fuerza a Barranquilla, para dirigirme a Panamá y reducir a los rebeldes de aquel Estado a la obediencia debida al Poder Federal.

Soy vuestro atento servidor,

SERGIO CAMARGO.»

Conviene, para aclarar ciertos puntos tocados en el oficio anterior, que digamos que al saberse en Santamarta el triste y desastrado fin de la expedición Riascos, los partidarios de la candidatura Parra empezaron de nuevo a dar señales de vida; y, reunidos, acamparon en el *Cerro de la Balandra* en número como de 200 hombres que más que combatientes, parecían merodeadores. El general Manuel Campo Rodríguez fue a combatirlos, pero se quedó en Masinga lugar cercano y sus tropas distraían el ocio en que estaban en hurtarse las frutas de los pegujales vecinos. Cuando llegó el general Camargo, se le dio orden de seguir a la Ciénaga y en la montaña de Gaira, se dejó desarmar y tomar prisionero por una guerrilla de la guardia colombiana sin disparar un tiro.

No vino el señor Dávila García espontáneamente a Santamarta sino que fue mandado llamar por el general Camargo pues interesaba que legitimara sus titu-

los como lo decía el doctor Santiago Pérez en carta que se publicó.

Llegado a Santamarta, derogó el decreto que había dado en Valledupar por el cual declaró a esa ciudad capital del Estado.

Dice el señor Alarcón en su obra ya citada que «las elecciones *aparecieron* como verificadas en todo el Estado» (1). La Asamblea escrutó el voto del Magdalena por el señor don Aquileo Parra.

ELECCION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Como ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría de votos de los Estados que la Constitución exigía, correspondióle al Congreso de 1876 elegir entre los que reunieron mayor número de votos.

Las elecciones por Estado dieron este resultado:

Por el señor Aquileo Parra, los Estados de Boyacá, Cundinamarca, Magdalena, Santander y Panamá...	5
Por el señor Bartolomé Calvo los de Antioquia y Tolima	2
Por el señor Rafael Núñez los de Bolívar y Panamá.....	2
En blanco el del Estado del Cauca.....	1

(1) Esto no es extraño. El mismo señor don Manuel Dávila García había dicho en 1870, a la Asamblea lo siguiente:

«No hay ley de elecciones mala cuando los encargados de ejecutarla son hombres entendidos y probos, así como tampoco puede haberla capaz de evitar en absoluto los fraudes y pillerías en que tanto se ha adelantado en estos últimos tiempos, cuando a los que las cumplen les faltan aquellos requisitos; pero si a esto se agrega la carencia de instrucción que por desgracia reina en la generalidad de los individuos que la suerte o las trampas elige de jurados, de manera que pueden ser engañados fácilmente, la soberanía del pueblo, radicada en el poder electoral, viene a quedar reducida a la *soberana voluntad* de unos cuantos ambiciosos traficantes en política que se burlan cínicamente del voto popular.

No siendo, pues, posible obtener que los encargados de cumplir las leyes sobre elecciones sean todos aptos y probos, es preciso convenir en que ellas son deficientes, y que presentan ancho campo para los fraudes y fullerías.»

Aquí debe advertirse que el voto del Cauca apareció en blanco porque la junta encargada de hacer el escrutinio general de los votos emitidos en el Estado, se disolvió sin haberlo hecho y que el Estado de Panamá aparece con dos votos porque, habiéndose verificado las elecciones populares se declaró elegido al doctor Núñez; pero luego debido a maniobras electorales y a uno de tantos derrocamientos de gobiernos que se sucedían en aquel infeliz Estado, «que parece colocado en el punto culminante de la República como vocero encargado de pregonar ante el extranjero la anarquía que nos devora, nos empobrece y nos afrenta» (1) se instaló una convención y eligió a don Aquileo Parra.

En el Congreso el señor José María Samper propuso que se prescindiera de los votos de Cundinamarca y Magdalena en vista de las circunstancias en que se habían hecho allí las elecciones y se computara el voto de Panamá en favor del Doctor Rafael Núñez por no tener la Asamblea constituyente facultad para revocar la elección hecha por el pueblo. No fue aceptada esta proposición sino la que hizo el doctor Aníbal Galindo que dice:

«El Congreso declara que habiendo emitido constitucional y legalmente su voto para Presidente de la Unión el Estado soberano de Panamá en la elección popular verificada el día 2 de mayo de 1875, y no estando este voto, sujeto a revisión ni a revocatoria de ninguna clase, es dicho voto, emitido a favor del señor Rafael Núñez el que debe computarse, y no el emitido posteriormente por la convención del Estado, a favor del señor Aquileo Parra, el cual se declara de ningún valor; y que no habiendo, en consecuencia, obtenido ninguno de los candidatos la mayoría absoluta de los votos de los nueve Estados de la Unión, el Congreso procede a elegir Presidente, entre los que han reunido mayor número de votos, conforme al artículo 75 de la Constitución.»

En consecuencia se procedió a elegir Presidente y se obtuvo este resultado:

Por el señor Aquileo Parra.....	48 votos
Por el señor Bartolomé Calvo.....	18 »
Por el señor Rafael Núñez.....	18 »

84

Entre los señores Núñez y Parra se habían cruzado estos telegramas tardíos:

«Bogotá, agosto. 14 de 1875

Señor doctor Aquileo Parra.--Socorro.

Apreciado amigo y compatriota.

El debate electoral degenera en guerra civil. Eviemos a nuestra patria esta gran calamidad. Renunciemos irrevocablemente nuestras candidaturas, y que el Congreso de 1876 elija el designado aceptable a la generalidad de los colombianos.

Su amigo y compatriota,

Rafael Núñez.»

«Socorro, 15 de agosto de 1875.

Señor Doctor Rafael Núñez.--Bogotá.

Apreciado compatriota y amigo.

En el estado a que ha llegado la lucha electoral, habiendo votado ya seis Estados, no tengo libertad para retirar mi candidatura. Son mis amigos los que pueden persistir en ella o desistir. Tampoco creó que mejoraría, sino que antes bien empeoraría la situación.

Las personas nada son; son los partidos los luchadores.

La agitación continuaría hasta afectar al Congreso mismo. Habría que luchar por el próximo Designado y por el subsiguiente. El país sufriría enormemente por el alarma persistente en más de ocho meses.

A no tener estas convicciones, yo habría renunciado desde que aparecieron los primeros síntomas de guerra civil, y lo habría hecho sin condición alguna y

sin el estímulo de una cortés indicación, como la que usted me ha hecho.

Veo claramente la responsabilidad moral y aun los peligros que en el estado de exaltación política actual puede aparejarme la insinuación de usted, correspondida con esta negativa; pero acepto una y otra cosa, porque considero que es éste mi deber,

Su compatriota y amigo,

Aquileo Parra.»

Jamás nos hemos podido explicar satisfactoriamente el por qué, los generales Maya y Farías y muchos otros conservadores de Padilla y Valledupar, asumieron, en esta emergencia, una actitud tan contraria a lo que era de esperarse dadas sus ideas políticas.

No nos satisface la razón que da el señor José C. Alarcón en su importante libro *Compendio de Historia del Departamento del Magdalena* cuando dice que se debió al odio que profesaba el general Farías al general Riascos; ni nos satisface tampoco la que le asigna el general Manuel Briceño en su obra *La revolución—1876—1877. Recuerdos para la Historia* cuando afirma que las medidas arbitrarias del general Riascos en Santamarta, sublevaron el altivo carácter de los habitantes de los Departamentos de Padilla y Valledupar.

Hemos visto en otro lugar de estos *Episodios* que los generales Farías y Maya así como todos los conservadores de Padilla y Valledupar, estuvieron aliados a los liberales, que como Riascos, los Vengoecheas, los Abellos, representaban ideas de moderación y de orden a lo cual se debió cierta relativa tranquilidad en el Magdalena.

Las ideas políticas del doctor Núñez no eran un misterio para los que leían sus artículos, pues aunque envueltas en cierta vaguedad y simbolismo, ya se transparentaba en ellas, las tendencias que después puso en práctica.

Sin embargo el partido conservador en esa época no tenía plena confianza en la persistencia de ellas, como lo prueba el hecho de que los Estados de Antio-

quia y Tolima, donde la mayoría es conservadora y donde gobernaba el partido conservador, no votaron por el doctor Núñez.

Quizás los conservadores del Magdalena, al ver la dejación del mando que había hecho el señor Díaz Crandados y siendo el general Maya segundo designado legítimamente elegido, quisieron por medio de las armas, sobreponerse al gobierno del general Riascos y una vez dueños del poder seguir el derrotero que habían trazado los Estados de Antioquia y Tolima y lograr que los votos del Magdalena, fueran dados al señor don Bartolomé Calvo, candidato del partido conservador. La muerte del general Maya, les arrebató aquella esperanza y tuvieron que amoldarse a las circunstancias, reconociendo como jefes del Estado al señor Manuel Dávila García. Empeñados en lucha, ya no les era dado retroceder y tuvieron que sostenerla hasta sus últimas consecuencias. Sea como fuere, la intervención armada del partido conservador del Magdalena en esta contienda, retrasó momentáneamente el advenimiento de la regeneración.

Si nuestra suposición es exacta, y el partido conservador del Magdalena hubiera alcanzado el fin propuesto, las elecciones populares habrían dado quizás este resultado: los Estados de Antioquia, Tolima y Magdalena habrían votado por el señor Bartolomé Calvo; los de Boyacá, Cundinamarca y Santander por el señor Parra; los de Bolívar y Panamá por el señor Núñez y el del Cauca, en blanco. En este supuesto, la elección por el Congreso, se habría contraído a los dos primeros y acaso el resultado habría sido distinto del que fue. Nos induce a pensar así el hecho de que cuando estalló la guerra civil de 1876, el general Farias y todos los conservadores de Padilla y Valledupar se pusieron en armas en defensa del partido conservador para sucumbir gloriosamente en la batalla de Piyaurichón.

Aunque esta lucha sangrienta se desarrolló al rededor de dos nombres y esto pudiera hacer creer que se trataba sólo de personas, en el fondo había una con-

tienda de ideas. Los partidarios de la candidatura del señor Parra defendían las doctrinas netamente radicales, los que apoyaban la del señor Núñez luchaban por reformas sustanciales en las instituciones, por la vuelta al orden, trastornado por el triunfo de la revolución de 1860.

Esto, aunque no puede servir de excusa, si aminora un tanto la responsabilidad de los partidos políticos; pues las ideas como las plantas necesitan riego fecundante; aquéllas a veces sólo crecen, se desarrollan y fructifican cuando han recibido el riego de la sangre. Triste condición de la especie humana!

JOSE GNECCO LABORDE

DE LA EXTRADICION EN COLOMBIA

(Continuación)

El fenómeno que hoy se llama *delito político* no es por cierto invención de nuestro siglo: ha existido siempre y desde las más remotas edades de la jurisprudencia romana nos sorprenden reglas severas que lo sancionan; prueba irrefutable nos da el hecho de que entonces se castigaban los delitos *públicos*, contra el Estado o los gobernantes, hasta con la pena de muerte.

Labor fue de los reivindicadores de los derechos del hombre ciudadano desterrar de las leyes disposiciones infamantes contra los delincuentes políticos. Necesarias, con necesidad absoluta, fueron para la causa de la civilización las grandes epopeyas que la historia nos muestra: batallas ingentes contra los imperios, las monarquías absolutas, el feudalismo, fuentes principales del delito político, que entonces cruelmente castigado, hoy se alaba y se ensalza como proeza que cubre de gloria a los apóstoles de la idea cristiana.

El tiempo pues, ha tenido distinto criterio al apreciar estos actos lo que demuestra que la noción de su